

JODI MEADOWS

BIENHALLADA



FANDOM BOOKS

Título original: *Dawnbreaker*

1.ª edición: febrero de 2024

© Del texto: Jodi Meadows, 2023
Publicado originalmente por Holiday House Publishing, Inc., Nueva York.
Derechos de traducción cedidos por mediación de
Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© De la ilustración de cubierta: Studio Kösen, 2024
© De la traducción: Jaime Valero, 2024
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-18027-73-4
Depósito legal: M-31632-2023
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

JODI MEADOWS

BIENHALLADA

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Dedicado a todo aquel que quiera
cambiar las cosas*

PRÓLOGO

Así comenzó para ella:

Un portal a punto de cerrarse, una barrera elevada hacia las alturas y un alma inmortal fragmentada en dos. Un pedazo se lo quedó ella. El otro acabó alojado en un cuerpo mortal.

Todavía dormida y ajena a lo que sucedía, Noctámbula fue esculpida hasta dar forma a un arma gloriosa y devastadora. Tenía unas alas inmensas, concebidas para la batalla, así como para volar. Podía desintegrar el mal con un solo roce. Y requería muy poco en lo que se refiere a cobijo y sustento.

Tampoco necesitaba amor.

Era preferible, pensaron sus creadores, que no se apegara demasiado a nadie. Las vidas de los mortales eran muy cortas y Noctámbula existiría para siempre.

Solo habría una presencia constante: el fragmento de su alma, reencarnado a través de los siglos. Ella lucharía siempre para salvar ese pedazo de sí misma... y el mundo en el que habitara.

Además de fortaleza y determinación, sus creadores le concedieron la experiencia y el entendimiento que habían acumulado durante milenios, todo el conocimiento marcial que necesitaría para enfrentarse a sus enemigos ancestrales.

Pues ella sería la única capaz de interponerse entre los mortales y la oscuridad implacable.

Finalmente, cuando la abertura entre los mundos se estrechó y el tiempo se agotaba, sus creadores fabricaron las reliquias.

Un centenar de ellas, forjadas meticulosamente e imbuidas con un poder numinoso: una espada y una corona negras, tres altares diseñados para invocar a esa Noctámbula recién gestada y otras herramientas ideadas para defender el mundo frente a los rencores y otros peligros ignotos.

Sin tiempo que perder, los creadores de Noctámbula le pidieron que abriera los ojos. La despertaron. Luego se retiraron del mundo.

El portal se cerró.

Noctámbula se quedó sola.

Desde el mismo instante en que tomó aliento por primera vez, supo cuál era su deber. Se preparó para emprender su lucha por Salvación, con solo un fragmento mortal de su alma y la constancia de que existían noventa y nueve reliquias para ayudarla

*

Durante los primeros siglos posteriores a la Escisión, los humanos hicieron gala de una defensa activa, organizando expediciones multitudinarias para irrumpir en la Malicia y eliminar a cuantos rencores hubiera en su interior.

Se compusieron baladas por todo el territorio —historias sobre batallas, muertes y gloria—, con Noctámbula en el centro de esas narraciones. También se pintaron cuadros que representaban a reinas imponentes que portaban la Aureola Negra —la corona de obsidiana confeccionada por los mismísimos númenes— y reyes apuestos inclinándose ante ella, con un cielo rojizo de fondo y el caos polvoriento de la batalla. (Como si Noctámbula hubiera hecho una pausa para posar para un boceto, cuando podría haber estado partiendo a un rencor en dos.)

Lucharon, todos unidos, desplegando un asedio tras otro contra el Desgarro —el portal que separa el plano mortal y la Fracción Oscura—, pero por mucho que durase una campaña, el Desgarro seguía escupiendo más rencores. Era la fuente de un terror interminable.

La guerra parecía no tener fin. Con el tiempo, la gente perdió su aplomo. Los grandes ejércitos desaparecieron.

En vez de combatir a los rencores, los tres reinos encontraron excusas para luchar entre sí. Sin embargo, aunque eran enemigos, acordaron que ninguno de ellos utilizaría la malicia contra los demás. Hacerlo supondría una infracción del orden superior. Ante la mirada ceñuda de Noctámbula, redactaron y firmaron los Acuerdos de Ventisca con intención de que estuvieran vigentes para siempre.

La vida siguió su curso. Durante miles de años, reyes y reinas invocaron a Noctámbula para contener a la oscuridad, confiando en que defendiera Salvación tal y como establecieron sus creadores. Cada reino continuó adiestrando ejércitos de caballeros del alba —los soldados de élite de Noctámbula—, preparándolos para marchar hacia la Malicia y combatir a su lado. Era un honor tan glorioso como letal.

Pero eso también llegó a su fin.

Un rey rencor atravesó el Desgarro, un horror sin precedentes. Esas monstruosidades no podían acceder al plano mortal por voluntad propia. Alguien tenía que invocarlos por su nombre, ayudarlos a atravesar la abertura entre mundos por medio de un poder y un sacrificio inmensos.

Peor aún: todos los que se enfrentaban a un rey rencor se regían por la ley de la conquista.

Matar a un rey rencor suponía convertirse irremediablemente en uno de ellos.

Así que Noctámbula no podía matarlo, pero sí enviarlo de vuelta a la oscuridad del plano demoníaco. Y estaba a punto de hacerlo cuando descubrió la verdad: el rey rencor había sido invocado por gobernantes humanos. Habían quebrantado los Acuerdos de Ventisca.

Poseída por un vínculo recién forjado con el rey rencor, originado en el fragor de la batalla, Noctámbula abandonó su misión para exorcizarlo y voló a los tres reinos, uno tras otro, aniquilando a los monarcas en sus fortalezas.

Era preferible arrancar la plaga de raíz antes de que se propagara.

Después del Amanecer Rojo, los mortales buscaron un método mágico para extirpar sus felonías de la mente de Noctámbula, borrando ese suceso de su memoria.

Así se produjo su segundo comienzo.

Durante toda su existencia, los recuerdos de Noctámbula habían sido como un mapa estelar. Constelaciones construidas durante siglos se desplegaban por el cielo de su mente, extendiéndose hacia el infinito. Cada momento de su vida estaba registrado, desde su primer despertar hasta el último. Podía evocar cada batalla, cada revés y cada triunfo que hubiera experimentado.

Pero el perjuicio mágico provocado por los mortales se expandió, una infección sin cura que se ramificó, cada vez más amplia y profunda, consumiendo recuerdos a medida que se extendía. Cientos de miles de momentos desaparecieron. De un solo tajo, porciones inmensas de su cielo interior se quedaron en blanco, sin rastro siquiera de la luz que existió antaño.

Al cabo del tiempo, temía Noctámbula, no quedaría nada más que ese lapso vital.

No quedaría más que este momento presente.

Pronto, el mundo se sumiría en una nueva era: una en la que Noctámbula, adalid de los tres reinos, héroe de su pueblo y espada de los númenes, era capaz de fracasar.

Así terminó para ella.

1. RUNE

Rune inspiró rojo.
Expiró rojo.

El rojo copaba el ambiente, llenando sus pulmones. Sangre y mugre cubrían su maltrecha armadura. Tenía restos de gravilla entre los dientes. Con cada bocanada, notó cómo el cieno de la corrupción recubría sus entrañas.

Nada estaba limpio en la Malicia.

Pero Rune apenas había reparado en ello. Había trazado un circuito alrededor de su celda, encorvado y apretando los puños, mientras las últimas horas —¿días?, ¿semanas?— se reproducían sin cesar en su mente. No sabía con certeza cuánto tiempo llevaba allí. El tiempo avanzaba a trompicones en la Malicia. Podría haber sido una eternidad.

Detestaba estar allí, como rehén para lograr un armisticio entre Noctámbula y ese enemigo ancestral e imposible de matar: Daghath Mal.

Era una tregua falsa, que no tardaría en romperse. Pero, hasta entonces, Rune seguiría atrapado.

Ese cautiverio era un sacrificio al que se ofreció voluntariamente. En aquel momento, parecía la única opción. Seguía pareciéndolo, pero al diablo con ello: necesitaban a Rune en su hogar. En Caberwill, donde su madre acababa de ser asesinada, masacrada por un rencor. Había ritos que celebrar. Un funeral. ¿Quizá un momento de respiro para experimentar su propio duelo?

Rune tenía un reino entero del que ocuparse.

Hermanas.

Y una esposa.

También había que contar la guerra con Ivasland... Aunque a juzgar por cómo le fue a su ejército cuando un malsitio emergió en su campamento, no era fácil determinar si Caberwill podría continuar la batalla.

Maldita sea. Rune tenía que regresar a casa. Él era el rey.

Un rey cautivo.

Su celda ni siquiera tenía puerta. Tampoco ventanas. (Las tuvo, brevemente, pero desaparecieron.) Y aunque había inspeccionado meticulosamente cada rincón, no encontró ninguna grieta ni escapatoria posible: las paredes, el suelo y el techo estaban compuestos de huesos y eran infranqueables. Costillas y fémures humanos relucían bajo esa luz rojiza y omnipresente.

Rune sabía de quiénes eran esos huesos. De los caballeros del alba.

Se paró en seco, reprimiendo una oleada de desesperanza. Tenía que ser fuerte. Noctámbula no permitiría que se quedara allí para siempre. Ella misma lo dijo.

«Eres mi alma gemela. Serás libre».

Su alma gemela. Esa certeza prendió en su interior, tan ardiente y radiante como antes.

La revelación se produjo como un relámpago. En pleno combate, cuando sus miradas se cruzaron a través del salón del trono, Rune pronunció su nombre. El verdadero.

«Medella».

A partir de ahí, ella se volvió más fiera. Más letal. Sin el lastre de la magia oscura que provocaba que combatir le resultara extenuante. Pero ni siquiera eso bastó para salvar a los hombres de Rune. Murieron uno tras otro hasta que solo quedó él, estrangulado por las garras de Daghath Mal.

Por consiguiente, la tregua.

Con paso lento, Rune reanudó su circuito alrededor de la celda.

Había tenido mucho tiempo para pensar en lo que había cambiado: por qué había sido incapaz de recordar el nombre de Noctámbula hasta ese momento, por qué no sabía que estaban

vinculados... Y la única respuesta que se le ocurrió fue esta: aquello que dañó la memoria de Noctámbula también lo afectó a él. Era una herida profunda, a ras del alma, que había suprimido el conocimiento de su nombre.

Pero cuando irrumpió en la Malicia para ayudarla, la curó. Rune siguió el rastro de la atracción que unía sus almas y eso le reportó claridad. Concentración. Su nombre secreto.

Y un beso.

No debería haberlo hecho. Rune ya estaba comprometido y, además, un alma gemela no estaba concebida para ser un amante: solo un compañero, un amigo. Pero él acercó sus labios y la besó a pesar de todo.

Y ella le devolvió el beso. Luego... ¿le dio las gracias? Rune no sabía cómo interpretar eso.

«Eres mi alma gemela. Serás libre».

Ella lo rescataría. Rune sabía que vendría a por él en cuanto el momento resultara propicio. Pero, entretanto, estaba atrapado ahí, sin poder hacer nada salvo pasearse. Tenía que hacer algo útil para ella. Como fuera.

—Maldita sea —murmuró.

La celda comenzó a temblar cuando una porción de la pared se desplazó, revelando un pasadizo iluminado por una luz rojiza.

El corazón de Rune pegó un respingo mientras retrocedía, creyendo que iba a entrar un rencor... o algo peor. Pero el pasadizo estaba vacío.

No, eso no era cierto. Había... algo.

Rune ladeó la cabeza, aguzando el oído. El castillo estaba en silencio, pero al mismo tiempo no lo estaba. Lo que oyó —lo que percibió, más bien— fue lo contrario a un ruido. Como una voz que resonaba desde las profundidades; excepto que esa voz no era nada y reducía a la nada todo lo demás.

Con una sacudida física, Rune recobró el control de su mente, concentrándose en el tamborileo de su corazón y el roce de sus botas sobre los huesos del suelo. Carraspeó solo para escuchar el sonido que hacía su garganta.

La abertura en la pared se mantuvo, todos los huesos se habían impulsado hacia un lado, una argamasa rojiza rezumaba con unos pegotes gruesos y viscosos.

En fin, había estado buscando una salida.

La Malicia lo quería a él. Rune lo sabía. Lo pudriría por dentro si no se resistía. Y si fracasaba..., lo corrompería. Quedaría sometido a la Fracción Oscura por toda la eternidad.

Si sobrevivía, pero abandonaba ese lugar con malicia en el corazón, nunca llegaría a convertirse en el monarca que quería ser. Ni tampoco en el hombre que aspiraba a ser.

Se agachó, introdujo una mano en su bota y rozó con los dedos la pluma oscura que había guardado allí, la misma que le dio Noctámbula. Pero no la sacó. Aún no. No mientras esa nada maligna lo siguiera observando. Solo necesitaba confirmar que seguía allí: el regalo de despedida de Noctámbula.

—¿Qué quieres que haga? —murmuró.

La abertura esperó.

Rune tensó la mandíbula, observando, pero nada más cambió. Al parecer, el rey rencor había decidido aflojar la correa, permitiéndole vagar por la zona. Si se atrevía.

Y se atrevió. Decidió salir a explorar. A aprender. Y cuando llegara el momento, haría lo que fuera necesario para destruir a Daghath Mal.

Lo que hiciera falta.

Inspiró rojo.

Expiró rojo.

2. HANNE

Están pidiendo vuestra cabeza, majestad. Era una noticia funesta, pero Hanne no apartó la mirada de la partida. Estaba ganando. Por poco. No podía permitir que ese informe, por desasosegante que fuera, la distrajera cuando tenía la victoria al alcance de la mano.

—Aseguran que sois la responsable de los sucesos acaecidos en Sol de Argento.

Con cuidado para no deshacer el vendaje que llevaba en la mano, Hanne sacó una carta. Un cuatro. «Maldita sea». Necesitaba un rey o una reina para atravesar la línea de meta con su pieza.

Aun así, avanzó cuatro casillas con su campanita dorada, optando por no farolear para recorrer más trecho. No era el mejor momento, puesto que no tenía claro cómo estaba reaccionando su rostro ante el anuncio de que los campesinos embrianos querían verla muerta.

El salón se quedó en silencio mientras la oponente de Hanne, su prima Nadine Holt, sacaba una carta. Nadine no modificó su expresión ni un ápice mientras desplazaba su sabueso esmeralda por el tablero, hasta colocarlo una casilla por delante de la campana de Hanne.

—¿Cómo pueden considerarla responsable? Hanne estaba aquí, con nosotros, cuando esa espantosa máquina detonó.

Maris Evans, la ayudante de cámara que había traído el mensaje desde el aviario, depositó una cesta llena de jirones de papel enroscados en el lado de la mesa que ocupaba Nadine,

junto con una lupa con mango de ópalo. Fragmento a fragmento, sacó la carta para leerla en su conjunto.

Cecelia Hawkins y Lea Wiswell, las otras doncellas de Hanne, se apresuraron a alinear los jirones de acuerdo con los números codificados que tenían en las esquinas izquierdas. Los trocitos de papel eran pequeños, lo bastante ligeros como para que una paloma los transportara en su patita, y estaban sellados con una gota de cera diminuta. La misiva estaba redactada en microcódigo embriano, conocido solo por los miembros de la familia real y sus sirvientes más leales. Por necesidad, eso incluía a las cuatro doncellas que Hanne se había traído desde su hogar.

Una vez ordenados los papeles correctamente, Nadine observó el mensaje codificado a través del cristal de la lupa. Después miró a Hanne con una ceja arqueada.

—Lo envía tu madre, la reina. La gente asegura que fuiste tú la que concibió el diseño del dispositivo de malicia. Dicen que, cuando Ivasland estaba afanado en terminarlo, acudiste allí en persona para construirlo tú misma, y que quedar atrapada en un malsitio fue un ardid.

—Ya, claro. Lo construí con mis amplios conocimientos de mecánica.

Hanne puso los ojos en blanco y leyó un fragmento ella misma; los puntos, líneas y círculos diminutos parecían saltar de la página.

«Solicitamos formalmente ayuda para defender Solspiria frente a las turbas enfurecidas...».

—Vaya. —Hanne resopló—. ¿Ahora mi madre quiere mi ayuda?

—Tomadlo como un cumplido, majestad. —Lady Sabine Hardwick, una embriana entrada en años, dejó su labor de gancho en el alféizar antes de levantarse y estirar el espinazo. Los crujidos resultaron audibles incluso desde el otro extremo de aquel espacioso salón—. La reina Katarina nunca pide ayuda. Que os la solicite a vos es una muestra de respeto.

Puede que Sabine creyera conocer a Katarina Fortuin después de haberla servido durante años, pero Hanne sí que conocía de verdad a su madre. La reina de Embria no le estaba haciendo ningún cumplido. Toda interacción por su parte era una orden, una prueba o un rechazo. Esto era lo primero.

—Volvamos al juego. —Nadine dio unos golpecitos sobre la baraja—. Te toca, Hanne. Saca una carta o proclamaré mi victoria.

—Mi vida está en peligro, por si no te habías dado cuenta.

Hanne sujetó la carta de arriba entre los dedos para extraerla. Otro cuatro. «¿En serio?». Ese movimiento la dejaba a dos casillas de la línea de meta. Hanne avanzó cinco puestos con su campanita. La siguiente carta, por bajo que fuera su valor, le concedería la victoria. Nadine sacó carta sin rebatir el farol de Hanne.

—Tu vida lleva corriendo peligro desde el día que naciste. Búscate otra excusa para perder esta partida.

Entonces Nadine desplazó su sabueso junto a la campana de Hanne y atravesó la línea de meta. Hanne tuvo que contenerse para no pegar un pisotón en el suelo.

—Creo que has hecho trampa.

Nadine frunció los labios para esbozar una sonrisa.

—¿Crees que voy de farol? —Inclinó la carta, pero no mostró su valor.

—No. —Acusar erróneamente de farol durante un movimiento ganador duplicaba la prenda que debía pagar el perdedor cuando se apostaba dinero. Hanne y Nadine solo jugaban para divertirse, pero era importante respetar las normas—. Lo que digo es que has hecho trampas. Es imposible ganar siempre. En este juego cuenta la suerte tanto como la destreza. A no ser que seas el ojito derecho de Sardin.

Sardin era el numen de la suerte, una elección popular entre tahúres y ladrones.

—Es imposible hacer trampas en el gambito de mora. O bien realizas los movimientos que permite tu carta, o bien haces

un farol para avanzar por el tablero y rezas para que tu oponente no haya visto ante la carta que finges haber sacado. Por ejemplo, avanzar cinco casillas cuando ya han salido todos los cincos de la baraja.

—Espera...

Con una sonrisa irónica, Nadine recogió las cartas y las barajó rápidamente, con cara de no haber roto un plato en su vida. Como si no hubiera ninguna forma de organizar una baraja en beneficio de un jugador sobre otro. La próxima vez, Hanne haría que barajaran Lea o Maris. A las dos se les daba fatal hacerlo.

—Majestad. Nadine. —El tono de Sabine no era de reproche, ya que nadie reprendía a una reina, pero consiguió parecer exasperada sin cruzar ninguna línea—. Recordad la susodicha carta.

—¡Cierto! —Hanne retiró del tablero la campanita dorada y el sabueso esmeralda y los guardó en la caja de madera que albergaba las piezas adicionales—. No lo olvidemos. La gente está pidiendo mi cabeza, tal y como lo expresó Maris con tanta delicadeza.

La doncella palideció.

—Son las palabras que utilizó vuestra madre, majestad.

—Ninguna de nosotras debería volver a expresarlo de esa manera —replicó Sabine, tajante—. Es impropio de unas jóvenes damas frivolar con estos asuntos.

Aquel comentario se acercaba peligrosamente a una crítica hacia dos reinas, pero Hanne lo dejó correr. Volvió a mirar los fragmentos de papel.

No era un mensaje largo, comparado con los que habituaba a enviar la reina Kat. Apenas veintitrés fragmentos, con unos cuantos duplicados en caso de que, durante su vuelo a través del continente, algún pájaro fuera abatido o asesinado en un repunte repentino de malicia.

Con la lupa sujeta entre las manos vendadas, Hanne leyó la nota completa.

Johanne, mi querida paloma:

Tras la impredecible tragedia de Sol de Argento, el populacho ha declarado que tú, mi querida hija, eres la culpable de la creación de ese dispositivo de malicia. No solo aseguran que eres responsable del concepto y el diseño, sino que te trasladaste a Athelney para terminarlo cuando los incompetentes científicos ivaslandeños fueron incapaces de hacerlo.

Es absurdo. Tu padre y yo accedimos a recibir a los líderes de esta pequeña revuelta, pero tras muchas afirmaciones sin fundamento —dijeron que en realidad no estuviste atrapada en un malsitio, sino colaborando con ivaslandeños—, nos vimos obligados a decorar las puertas de Solspiria con sus cabezas. Por desgracia, han surgido nuevos líderes y, debido a tus actos, están pidiendo todas nuestras cabezas.

Me temo que puede tratarse de una rebelión a gran escala, para la que nuestro ejército no está preparado en este momento. Por desgracia, arrojaron un dispositivo de malicia en nuestro campamento militar mientras avanzaban hacia Ivasland para sumarse a Caberwill en la batalla, y un número significativo de nuestros hombres quedaron transformados en ganado por esa magia oscura descontrolada. En reses muertas, a estas alturas. Los campesinos sacrificaron a muchos de ellos para poder comer.

Solicitamos formalmente ayuda para defender Solspiria frente a las turbas enfurecidas. Muestran una rudeza inusual, y sus filas no harán sino crecer a medida que se sumen más individuos llegados desde todos los rincones de Embria. Recuerda, te culpan a ti. Debes ayudarnos a resolver ese asunto.

*Atentamente, tu abnegada madre,
Katarina Fortuin, reina de Embria*

P. D.: Opus y Grace: antes de lo previsto, pero, aun así, efectivo.

¿De veras? La reina Kat no debería haber incluido ninguna mención al plan, aunque fuera codificada.

Era muy sencillo: unificar Caberwill y Embria mediante el matrimonio con Rune y aprovechar esa alianza para castigar a su enemigo común en el sur. Ivasland se lo merecía, en vista de que habían infringido los Acuerdos de Ventisca. Una vez resuelta la cuestión de Ivasland, Hanne derrocaría a los reyes de Caberwill —con el paso de los años, no de los días—, y luego, tras haber engendrado a un heredero, quitaría de en medio a su esposo y cualquier otra competencia hasta que no quedara nadie capaz de desafiarla.

Hanne no sería una simple reina.

Sería la reina de todo.

Pero los acontecimientos se habían precipitado mucho más rápido de lo que esperaba. Ivasland envió a un asesino, cuya presencia se saldó con la muerte del rey Opus. Entonces el rey rencor envió a uno de sus secuaces, que provocó la defunción de la reina Grace. Finalmente, Ivasland (otra vez) envió un dispositivo de malicia al campamento donde Rune y su ejército estaban haciendo noche, provocando la repentina desaparición de Rune en la carretera del sur.

Todo había sucedido muy deprisa. Demasiado.

Volvió a dejar la lupa sobre la mesa con un golpetazo.

—Hay que quemarlos.

Cecelia asintió con ímpetu.

—No podría estar más de acuerdo, majestad. Que ardan todos. Hasta el último de esos campesinos traidores. ¿Cómo se atreven a culparos de sus problemas?

—No, quería decir que... Bueno, sí, eso también. —Hanne recogió un puñado de papeles y los volvió a depositar en la cesta—. Pero lo que quiero quemar son los fragmentos de esta misiva. No podemos correr el riesgo de que las criadas caberwilianas sepan desentrañar códigos.

Si algún caberwiliano leía esa misiva, Hanne estaría tan muerta como los anteriores monarcas.

—Ah, sí. Por supuesto, majestad. —Cecelia metió los últimos trozos en la cesta, después arrojó todos esos fragmentos inculinatorios a la chimenea.

—Iré al aviario para asegurarme de que no lleguen más duplicados —dijo Lea.

—Sabine, ¿estás segura de que no hay agujeros espía en esta habitación? —preguntó Hanne—. ¿Ni compartimentos ocultos?

—Sí, estoy segura, pero volveré a revisarlo si os quedáis más tranquila.

En realidad, Sabine no era una de las ayudantes de cámara de Hanne. No, ella era su jefa de espías, su protectora en la sombra. Pero a los ojos del resto de la corte, Sabine no era más que una figura maternal, una especie de consejera.

—Gracias —dijo Hanne, porque Nadine siempre insistía en que a la gente le gustaba que le dieran las gracias por su trabajo—. ¿Ha habido noticias de mi paquete?

Sabine negó con la cabeza.

—La entrega se producirá según lo previsto, os lo aseguro. Nuestro hombre regresará con el paquete a lo largo de esta semana. Si fracasa, se arrojará a un malsitio como penitencia. A cualquiera que vos elijáis.

—Muy bien. Manténme informada.

—Por supuesto, majestad. —Sabine recogió su material de ganchillo y se dirigió al dormitorio, entre el frufú de su vestido de color rubí—. Cecelia, Maris, venid conmigo. Es hora de preparar a su majestad para la reunión del consejo de esta tarde. Vestido y maquillaje. Esa será vuestra labor.

—Sí, lady Sabine. —Las dos muchachas le dirigieron una breve reverencia a Hanne, después siguieron a Sabine.

Esa reunión del consejo sería el primer encuentro oficial de Hanne como reina, así que estaba decidida a que fuera memorable. Porque ella, Johanne Fortuin, era una conquistadora.

Allí estaba, en los aposentos de la reina de Caberwill, rodeada de todos los lujos que sus nuevos súbditos eran capaces de reunir. Ya solo necesitaba que Rune regresara y culminara la

labor de concebir un heredero, y entonces su posición quedaría asegurada.

Hanne se acercó a la puerta del balcón y salió, seguida de Nadine.

Notó el roce cortante del aire de Brink. Deslizó la mirada por las escarpadas paredes del castillo, a través del patio septentrional y más allá de los muros exteriores, hacia el lugar donde la ciudad se extendía ante ella. Desde esa altura, Hanne podía divisar la totalidad de la carretera principal y las calles que se ramificaban desde su trazado, formando una maraña caótica de rectas, giros y curvas. Todos los edificios eran de piedra, construidos, al igual que el castillo, a partir de la montaña sobre la que se asentaba la ciudad, parte de una cordillera escarpada e imponente.

A las afueras de Brink, la carretera adoptaba un trazado sinuoso, hasta que el terreno se asentaba en un piedemonte frondoso donde había varias granjas repartidas por la campiña, y la senda de Brink discurría hacia el horizonte.

—No es tan bonito como Solcast. —Hanne ladeó la cabeza—. Pero estoy empezando a ver su encanto.

—Es una belleza agreste —coincidió Nadine—. Severa pero cautivadora, como una espada bien afilada.

Una espada que podría herirlas si Hanne no jugaba bien sus cartas.

—¿Cómo vas a responder a la petición de tu madre? —preguntó Nadine.

Hanne suspiró.

—No debería permitir que unos campesinos maten a mis padres. Sentaría un mal precedente. El populacho podría llegar a creer que está en su mano deshacerse de los gobernantes que no les gustan. O peor..., ¿podrían querer decidir quién gobierna!

—Así es. Los plebeyos no saben lo que necesitan. Un sistema de gobierno como ese no duraría mucho. —Nadine miró en dirección oeste, hacia Embria, hacia su hogar—. Pero no debemos olvidar que a quien buscan esos campesinos, por encima de todo, es a ti.

—Los miembros de la realeza están cayendo como moscas. No tengo intención de convertirme en otra víctima.

El viento le alborotó la melena rubia, que despedía destellos dorados bajo la luz de la mañana.

—Pero ¿cuántas tropas harían falta para sofocar una rebelión como esa?

—Ahora eres mi consejera oficial. Aconséjame.

—Por desgracia, tu madre no ofrece un informe completo de la situación sobre el terreno. ¿Cuántos rebeldes hay? ¿Cuántos soldados y guardias reales? ¿El personal palaciego se ha puesto en su contra o los sirvientes permanecen leales? —Nadine negó con la cabeza—. ¿Cómo pretende que sepamos cuántos efectivos debemos enviar?

Hanne sintió un impulso indeseado por defender a la reina Kat.

—Alguien que nunca ha tenido que pedir ayuda no sabe qué es lo que debe pedir.

—Escribiré una respuesta para formular las preguntas relevantes. —Nadine frunció los labios—. Supongo que tendrás que debatir con el consejo la cuestión de las tropas y los suministros. No me gusta que tengas que pedir nada tan pronto. Y menos algo como esto.

Hanne se quedó mirando a su prima. Nadine, que los números la bendigan, parecía creer que enviar tropas al rescate de los monarcas embrianos era la única opción.

—Tras la emboscada de Ivasland al ejército de Rune con el dispositivo de malicia —continuó Nadine—, el gran general Embewish se resistirá a enviar sus efectivos restantes a ninguna parte.

—Me parece que ahora es mi ejército —replicó Hanne.

—Sí, por supuesto. Pero recuerda que los generales caberwilianos, en su mayoría, se preocupan por sus soldados. Como individuos.

—Qué agotamiento.

—Así es. —Nadine se frotó las sienes—. Y con eso en mente, recuerda que el gran general estuvo presente cuando detonó

el dispositivo de malicia. Vio morir a esos hombres. Se siente responsable de sus soldados y de lo que les ocurre mientras están bajo sus órdenes. No me sorprendería que también se sintiera responsable directo de la ausencia de Rune.

Hanne asintió, pensativa.

—Seguro que puedo hallar un modo de utilizar eso en su contra.

—No lo dudo —coincidió Nadine—. Y lo que Ivasland le hizo al ejército embriano fue incluso peor. Bueno, no peor en lo relativo a perder miembros de la realeza... Eso es muy desafortunado para Caberwill y para ti personalmente. Pero sí es peor desde una perspectiva militar.

Hanne se estremeció. Miles de hombres convertidos en bestias, luego desguazados y devorados por campesinos hambrientos. Sin ninguna consideración a lo que simbolizaban esos uniformes y tiendas de campaña desgarrados; sin curiosidad por averiguar por qué de repente habían aparecido tantos cabestros. Movidos tan solo por el hambre, por el ansia de comer carne.

Carne creada con malicia, con malicia todavía en su interior.

Y ahora habitaba en esos campesinos.

—No será fácil convencer al Consejo de la Corona de que Embria es fundamental para derrotar a Ivasland —prosiguió Nadine—. Caberwill no podrá hacerlo solo. Tenemos que ayudarlos.

—Me estoy planteando no enviar tropas.

Nadine se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué?

—Si los campesinos logran capturar a mis padres, me convertiré en la reina de Embria.

—Si los campesinos logran capturar a tus padres, serán ellos quienes tomarán el mando de Embria. Jamás se prostrarán ante ti si consideran que tienen capacidad para gobernar.

Hanne apretó los dientes, pero puede que Nadine tuviera razón.

Aun así, Hanne necesitaba desplegar al ejército caberwiliano en el Malfreno, no en Solspira. Maldita sea, también necesitaba

apostar allí al ejército embriano, pero por lo visto eso no iba a ser posible.

Suspiró y miró hacia la enorme cúpula situada en el centro de Salvación. Colindaba con los tres reinos. Todos eran responsables de contener lo que había en su interior, aunque solo a ella parecía importarle. (Lo de menos era que apenas hubiera decidido preocuparse por ello poco antes, tras su encontronazo con el rencor, su aterradora visión de la Fracción Oscura y el debilitamiento progresivo de la barrera, hasta el punto de que parpadeó.)

Durante años, Hanne había pensado que su misión era traer paz a los tres reinos. Ahora comprendía que Tuluna la Tenaz, la numen patrona de Embria, tenía planes más ambiciosos.

—Cuando caiga el Malfreno, necesitaré guerreros. Como el grueso de los efectivos de Embria han... caído..., tendré que apañarme con los hombres de Caberwill.

—Cuando caiga el Malfreno —repitió Nadine en voz baja—. Sí.

—Esa es la verdadera amenaza —insistió Hanne—. Debo prepararme para afrontarla.

—Debería hacerlo Noctámbula.

Hanne negó con la cabeza.

—Noctámbula no nos salvará. Pero yo sí.

«*Vas a cambiar el mundo, elegida mía*». La voz que resonaba en la mente de Hanne era dulce y fría. Pertenece a Tuluna, que guiaba los pasos de Hanne y le susurraba que podría llegar a ser cualquier cosa que soñara.

—Si alguien puede, esa eres tú. —Nadine esbozó una sonrisa tirante y le dio un golpecito en el hombro a Hanne. Ella experimentó la oleada de calidez que le producía el apoyo incondicional de su prima.

—En cualquier caso, tu consejo es prudente. A pesar de este considerable revés, Embria sigue controlando una riqueza increíble. Puede contratar y adiestrar nuevos soldados, que nos vendrán muy bien. Le pediré al gran general Emberwish que envíe tropas a Solspiria.

—Y Embria también puede proporcionar suministros: armas y alimentos —coincidió Nadine—. Los ejércitos necesitan dinero. Los soldados deben comer.

Ojalá que su prima no hubiera dicho la palabra «comer», porque Hanne había empezado, una vez más, a imaginarse a los soldados embrianos y el funesto destino que corrieron.

—Ahora solo tienes que exponer estos argumentos ante el Consejo de la Corona —dijo Nadine.

Hanne soltó un quejido. Su prima y ella concebían buenas ideas para regentar el mundo, pero siempre había alguien que se interponía en su camino. Los padres de Hanne, cuando solo era una princesa en Embria, y ahora el Consejo de la Corona, a pesar de que ella fuera la reina. Le parecía muy injusto que todavía tuviera que verse limitada por esos políticos.

Hanne podría manejar al gran general. Los hombres con espadas siempre andaban buscando un motivo para utilizarlas. Pero la duquesa Charity Wintersoft y el conde Rupert Flight iban a suponer un problema. Charity administraba el dinero, puesto que era la canciller del tesoro, y era improbable que respaldara más gastos, aun con la promesa por parte de Hanne de que Embria les devolvería el favor multiplicado por diez. En cuanto a Rupert, era el canciller de la información, y seguramente sus espías tendrían cifras de cuántos campesinos estaban aporreando las puertas de Solspiria. Una información que resultaría útil si llegara a oídos de Hanne. Rupert se oponía a su presencia en Caberwill y la utilizaría contra ella.

—Será mejor que me vista. —Hanne hizo amago de darse la vuelta, pero Nadine le tocó el brazo.

—Varios de tus súbditos han advertido tu presencia aquí arriba. Deberías saludarlos.

Señaló hacia el patio del castillo y hacia la ciudad que se extendía al otro lado del muro de piedra gris y de la puerta abierta.

—Pero mis manos...

Hanne mostró sus vendajes. Nadine esbozó una sonrisa afable.

—Mejor todavía. Hiciste algo increíble. Mataste a un rencor y vengaste a la pobre reina Grace. He oído rumores de que algunos te llaman la reina del alba.

Hanne se giró de golpe para fulminar a su prima con la mirada.

—¿Por qué? No tengo nada que ver con Noctámbula. De ningún modo formo parte de su ejército.

—Mataste a un rencor aquí mismo, en el Bastión del Honor —repuso Nadine—. Solo cuentan con esa palabra para referirse a los mortales capaces de hacer algo así.

Hanne habría preferido una palabra que no estuviera tan asociada a Noctámbula. Para empezar, esa criatura tuvo la culpa de que acabara atrapada en un malsitio. Si Noctámbula hubiera cumplido con su deber hace cuatrocientos años, purificando la malicia del mundo, nada de eso estaría sucediendo ahora.

Aun así..., al abatir a un rencor, Hanne había hecho algo extraordinario. Estaba acostumbrada a Embria, donde la gente temía a sus gobernantes. Pero en Caberwill querían venerarlos. Querían sentirse protegidos. Amparados.

Hanne podía hacer eso. Podía ser lo que querían y más. Su nueva reina. Su hermosa monarca. Su reina del alba.

—Está bien. Dejemos que me adoren.

Así pues, aunque aún llevaba puesta su bata, y aunque su cabello formaba una maraña dorada al viento, Hanne se acercó a la barandilla del balcón. De inmediato, los plebeyos se dieron cuenta. La señalaron, llamando a voces a los demás para que se acercaran a mirar.

Hanne podía imaginarse los libros de Historia, los términos con los que describirían ese momento: la reina extranjera ubicada en el balcón para mantener una conversación privada con su ayudante de cámara, seguido por un saludo afectuoso a sus nuevos súbditos.

A medida que más rostros se giraban hacia arriba, Hanne sostuvo en alto el fragmento de cristal negro que colgaba de una aparatosa cadena de oro alrededor de su cuello. Era la punta partida de su corona de obsidiana, el arma que utilizó para matar al

rencor y cercenarle la cabeza. Ese era el motivo de los vendajes; la obsidiana le había desgarrado las palmas de las manos y la sangre del rencor le había abrasado la piel. Pero nada ni nadie habría podido impedirle culminar su labor. Tampoco el miedo. Ni mucho menos el dolor.

Ahora la esquirra estaba limpia y pulida, no quedaban restos de sangre en sus lustrosas caras. Hanne la había portado a diario desde que mató al rencor y la depositaba junto a su cama por las noches.

Poco a poco, el murmullo procedente del suelo se convirtió en un clamor. Pero, advirtió Hanne, no era un clamor de aprobación. La estaban abucheando. Se estaban mofando.

—¡No la queremos aquí! —gritó un hombre—. ¡Enviadla de vuelta!

—Embria no la quiere. ¿No habéis escuchado los rumores?

—¡Volved a meterla en el malsitio!

Se oyeron vítores que apoyaron esa propuesta. Otros comenzaron a gritar acerca de cuál malsitio elegirían. Alguien sugirió enviarla a Ivasland.

—¡Al fin y al cabo, trabaja para ellos!

Hanne se puso furiosa. ¿Cómo se atrevían a hablar así de ella? ¿Cómo se atrevían a insinuar que eran mejores que ella? No eran más que un puñado de insectos: necesarios, pero repulsivos, transmisores de enfermedades. Hanne, en cambio, era una reina, la elegida de Tuluna, la que traería la paz.

A medida que se incrementaban las voces de los plebeyos, a Hanne comenzaron a temblarle los dedos, las manos y los brazos. Su corazón latió más deprisa. Se le nubló la vista, empezó a ver destellos rojizos.

«Malditos sean —pensó—. Malditos sean todos».

Si se negaban a venerarla, aprenderían a temerla.

De repente, la montaña, el risco sobre el que se alzaba Brink, se vio zarandeada por una sacudida tremenda.

Y entonces Hanne no oyó más que gritos.

3. RUNE

Nada producía ningún ruido. Las pisadas, la respiración, incluso el tamborileo de su corazón: todo estaba sumido en ese silencio horrible y perturbador. Como si nada de lo que hacía fuera real.

Rune intentó ignorarlo y estuvo a punto de conseguirlo: estaba absorto en doblar una esquina por aquí, en alcanzar el fondo de un pasillo por allá. Tenía intención de trazar un mapa del castillo que pudiera resultarle útil a Noctámbula cuando regresara, pero tenía una estructura muy extraña. Las puertas y las paredes no paraban de moverse.

Pocos minutos después de abandonar su celda, estaba perdido.

Siguió avanzando, moviéndose aleatoriamente y tan rápido como se atrevió, convencido de que, en cualquier momento, un rencor lo atacaría desde las sombras.

Rune era una presa en esa guarida llena de depredadores.

Desde luego, ese castillo estaba concebido para un rey, con techos abovedados, amplios arcos y gruesas columnas. Pero las habitaciones junto a las que pasó a toda prisa estaban vacías. Sin alfombras mullidas. Sin muebles majestuosos. Ninguna de esas variopintas estancias tenía un propósito claro. El castillo de Daghath Mal no era más que un espacio grande dividido en estancias más pequeñas.

Contaba con la propia versión del arte del rey rencor, aunque seguro que ningún rey mortal podría deleitarse con esas monstruosidades. Rune pasó junto a esqueletos blanqueados que

estaban dispuestos con sentido estético en poses macabras: hombres masacrando a otros hombres, espadas oxidadas apuntando hacia sus pescuezos. Otros esqueletos eran mitad humanos, mitad animales: cuernos gigantes, cuerpos de caballo, cráneos de oso. La mayoría no respondían a ninguna lógica.

En silencio, el castillo se estremeció. Una nueva remesa de argamasa rojiza rezumó de los muros esqueléticos.

Mientras avanzaba a paso ligero a Rune se le revolvió el estómago, el pasillo se expandía y se contraía bajo sus pies. El aire rojizo se estremeció a su alrededor. Las paredes se convulsionaban y en varias ocasiones le pareció ver que se desplazaban a lo lejos, como si lo condujeran hacia alguna parte, creando una senda.

Y entonces llegó a un punto muerto.

No tenía más remedio que retroceder, así que giró sobre sí mismo... y topó con otra zona sin salida. Estaba atrapado.

Se quedó inmóvil, notando los golpetazos de su corazón contra las costillas, sus pulmones se quedaron sin aire. Lentamente, giró hasta trazar un círculo completo. Las paredes se estaban... ¿acercando?

Sí.

Huesos engullían otros huesos a medida que la trampa lo cercaba, como una caja que se cierra. Las paredes ejercían presión sobre sus hombros. Si se estiraba, podría tocar el techo.

Rune no podía respirar. No podía pensar. Ni moverse. Lo único que podía hacer era observar. El castillo iba a aplastarlo.

—Lo siento, Medella —susurró con voz ronca—. Quería ayudarte.

Y entonces se oyó un ruido similar al restallido de un trueno.

Era una cacofonía, a un volumen tan intenso que Rune estuvo a punto de caer de rodillas. La pared que tenía enfrente se escindió, y Rune la atravesó hasta llegar a una cámara del tamaño de una catedral bañada por una luz roja.

Por detrás de él, la pared se cerró con un golpetazo terrible. Si hubiera titubeado, ahora estaría muerto.

Rune soltó un largo suspiro, pero no estaba fuera de peligro. Había llegado a un sitio peor.

Cientos de cristales rojos iluminaban la estancia, como en el salón del trono donde Noctámbula se enfrentó a Daghath Mal. Pero ese espacio era mucho más grande... y siniestro, pues albergaba una esfera negra y enorme, con chispas carmesíes que danzaban sobre su superficie. Era difícil calcular el tamaño de la esfera dentro de una cámara tan inmensa, pero Rune tuvo la impresión de que era tan grande como una rueda hidráulica.

Y supo lo que era.

El Desgarro.

Era más espantoso de lo que podría haber imaginado, superaba pavor y desesperación. Contempló con horror cómo una burbuja de oscuridad emergía de la esfera, centelleando como si fuera aceite. Se estiró, se desprendió y, con un sonido desagradable, aterrizó en el suelo.

Al principio, Rune pensó que solo era un pringue, una especie de pus interdimensional. Pero cuando se asentó, emergieron unas protuberancias sobre su superficie, que semejaban rodillas o codos.

No se trataba de una burbuja. Era un saco larvario con una criatura dentro, que había estirado tanto la sustancia del saco que lo había desgarrado.

Un rencor, recién salido de la Fracción Oscura, emergió del saco.

Rune retrocedió por acto reflejo. Era una criatura abyecta. Músculos en carne viva, hileras dobles de dientes afilados, costillas asomando de un pecho robusto, extremidades largas y articuladas de un modo extraño. Cuando la criatura lo miró, lo hizo con unos ojos fríos, de color negro y amarillo, asentados por encima del agujero donde debería tener la nariz.

De su boca asomaba una lengua bífida.

«Huye. Huye». Pero no tenía adónde ir. La sala no tenía ninguna salida. Aparte del Desgarro.

—Impresionante, ¿verdad? —La voz de Daghath Mal resonó por la estancia, atrayendo la atención del rencor—. Estoy reconstruyendo mi ejército rápidamente.

El rey rencor se materializó al lado del Desgarro. Era una criatura enorme, blanca como el alabastro, con unas enormes alas de murciélago y unas vistosas venas de color rojo. Tenía el mismo rostro cadavérico que sus súbditos, con unos labios siempre replegados para revelar unas encías carmesíes y muchos, muchísimos dientes. Era poderoso. Y nauseabundo.

Daghath Mal contempló el Desgarro unos instantes, pensativo, después introdujo una de sus garras. La extremidad desapareció, pero los músculos de su brazo se contrajeron, como si hubiera agarrado algo.

Después tiró. Y el Desgarro creció.

Una oleada horrible de malestar cegó a Rune. Se encogió sobre sí mismo con el estómago revuelto. Tuvo arcadas, pero no expulsó nada.

Entonces, Daghath Mal soltó lo que había estado sujetando y el Desgarro recuperó su tamaño anterior.

Rune tomó aliento para despejarse la cabeza.

—En este momento —dijo Daghath Mal—, el Malfreno está ejerciendo presión sobre el Desgarro, lo mantiene reducido.

Esa herida supurante en el mundo jamás debería describirse como «reducida».

—Cuando el Malfreno haya desaparecido, ensancharé el Desgarro. Mis ejércitos lo atravesarán, como si de agua se tratara.

Eso era imposible..., ¿verdad? El Malfreno no podía desaparecer sin más. La vieja magia que lo sustentaba mantendría en pie la barrera.

A no ser que...

Rune sintió un nudo en el estómago.

—Has dicho «cuando».

—No confundas conversación con confesión. No pienso revelarte nada. —Daghath Mal se agachó al lado del rencor recién llegado, observándolo como haría un general con un soldado—. No, solo quería enseñarte lo que producirá el tiempo que pasarás en mis dominios.

—Caos. —A Rune se le puso la carne de gallina.

—Paz. —Daghath Mal extrajo del rencor un hebra viscosa y negruzca y la tiró al suelo—. Los humanos solo responden al miedo, así que miedo es lo que recibirán. Imagina un mundo sumido en una noche eterna y un invierno infinito. La única luz será mi luz.

Sin sol, las plantas morirían. Las granjas quedarían destruidas, el ganado desaparecería y la gente se moriría de hambre. Lo que sucedió en Monte Menudo no sería nada comparado con la catástrofe de la larga noche de Daghath Mal.

—Si intentas someternos —gruñó Rune—, te combatiremos.

El rey rencor se rio.

—No os habéis esforzado demasiado durante los últimos cuatrocientos años. Me habéis evitado, habéis eludido este lugar. Habéis empeorado la situación en cada lance. Si de vosotros dependiera, os mataríais los unos a los otros por toda la eternidad. —Negó con la cabeza—. Pero yo os salvaré de ese destino. Descubriréis la paz del miedo, la paz de la obediencia, la paz del castigo. Bajo mi mandato, aprenderéis a quererme.

Imposible.

—Así que me has dejado salir de mi celda para soltarme una perorata, ¿eh?

A Rune le habían dicho muchas veces, de labios de mucha gente, que era muy irritante, y si irritar al rey rencor era lo único que podía conseguir allí, lo haría. Daghath Mal sonrió.

—Quiero hablar contigo. De monarca a monarca.

—¿Con qué fin? ¿Qué esperas conseguir?

—Todo. Primero quiero liberarme de esta prisión. Luego quiero el mundo. —Una risita reverberó a través de la sala—. Pero no cuento con que me lo entregues tú. Al fin y al cabo, Noctámbula te pidió muchos favores y se los negaste. —Daghath Mal hizo una pausa, como si estuviera pensativo—. Yo le habría dado cualquier cosa que pidiera.

—La habrías convertido en un monstruo.

—La habría convertido en una reina. —El rey rencor avanzó hacia él, desplegando sus alas de murciélago. Con cada movimiento, su imagen se desdibujaba, como si ese mundo no quisiera albergar su presencia—. Lo que vi en ella..., no podrías ni imaginarlo. Su furia. Su fuego. —Insufló un deje furibundo en su voz—. Pero me rechazó. Por más que la ayudé, por más revelaciones que le ofrecí, ella hizo como si yo no fuera más que un mosquito en su mente, un pensamiento oscuro e intrusivo que podía ahuyentar.

Rune se puso tenso.

—¿Qué quieres decir?

—Ah. No te lo ha contado. —Una sonrisa atroz se desplegó por el rostro del rey rencor—. He visto, oído y sentido lo mismo que ella. Todo. He habitado en sus pensamientos.

Rune sintió un escalofrío. ¿Esa bestia había mirado a través de los ojos de Noctámbula?

—Conocía todo lo que había en su mente —continuó Daghath Mal—. Incluso sus recuerdos perdidos. Su miedo al olvido. Todos esos pensamientos sobre ti...

Rune se sintió asqueado. Esa abominación había irrumpido en la vertiente privada de Noctámbula. Había quebrantado su intimidad.

—¿Quieres saber lo que pensaba sobre ti? —Daghath Mal se acercó a él, rodeado por el fulgor oscuro del Desgarro—. ¿Quieres saber cuánto anhelaba que no fueras su alma gemela?

«Que no fueras su alma gemela».

Ella no lo quería. Rune se sintió como si le hubieran abierto en canal.

No debería haberle sorprendido tanto. Debió suponer que ella habría preferido a alguien menos complicado, más capacitado. Alguien más merecedor.

Pero no podía desesperar. Tenía que convertirse en una persona digna de ella.

—Vete al infierno —masculló Rune. El rey rencor estaba intentando provocarlo. Y sí, lo estaba consiguiendo. Pero Rune

estaba decidido a plantar cara—. Al infierno con tu ejército. Con tu espantoso castillo. Con tu mundo rojo. Con la Fracción Oscura. Que se pudran todos.

Un aire caliente emergió del rey rencor; un gruñido ronco reverberó a través de la estancia. Rune continuó, sin importarle que le temblara la voz:

—Al infierno con tu feo rostro. Con tu aliento fétido. ¡Y con ese delirio de que ella se convertirá en tu reina!

De pronto, la bestia se encontraba a escasos centímetros de él, su cuerpo grotesco despedía un calor nauseabundo. El instinto le dijo a Rune que huyera o que se quedara inmóvil. Pero que no luchara. Estaba seguro de que no podría enfrentarse al rey rencor y salir vivo de allí.

El aire se estremeció. La bestia alargó un brazo, agarró a Rune por el pescuezo.

Hincó las uñas amarillentas en su piel, a punto de desgarrarla. Pero lo más preocupante era el ángulo con que lo sujetaba Dagath Mal; un movimiento brusco y Rune estaría muerto.

Pero si moría, Noctámbula podría regresar libremente, la tregua quedaría rota. Ella podría destruir a los rencores. Podría enviar a Dagath Mal de regreso a la Fracción Oscura. Salvación quedaría al fin libre de esa incursión. Tal vez Rune debería aceptar la muerte.

—Esa es la diferencia entre nosotros —resolló—. Yo sé que no soy digno de ella. Tú eres incapaz de admitirlo.

La furia inundó los ojos rojos de la bestia. Desplegó sus alas membranosas, ocultando el resto del entorno.

Solo quedó él.

La bestia.

El rey rencor.

El enemigo imposible de matar.

Una negrura empañó el contorno de la visión de Rune. Se le entrecortó el aliento. Por un momento, se preguntó si había llegado su hora.

Qué extraño. No tenía miedo.

El Desgarro se estremeció. Daghath Mal soltó a Rune y retrocedió.

—No —murmuró—. No me arriesgaré a provocar su ira. Aún no.

A Rune se le aceleró el corazón a medida que el aire rojizo regresaba en tromba a sus pulmones. Recuperó la vista, aunque se le nubló durante unos segundos.

—Eres un cobarde. —Tenía la voz ronca—. No te atreves a enfrentarte a ella en una batalla de verdad, una en la que nada la contenga, ni siquiera un alma gemela.

El monstruo enseñó los dientes. Otro temblor atravesó la sala. Pero Daghath Mal no volvió a perder los estribos.

—Vete —dijo, ondeando una de sus garras—. Mi hospitalidad se ha agotado. Puedes ir a esperar a Noctámbula al páramo.

Por detrás de Rune, la pared se abrió con un quejido. Al otro lado no estaba el castillo, sino la vasta extensión rojiza de la Malicia. Aun así, Rune no se lo pensó dos veces; la atravesó corriendo, inspirando un aire seco y polvoriento.

—Ten cuidado —le advirtió Daghath Mal con una risita—. No es un lugar seguro para los mortales. Ninguna criatura que dependa de mí te hará daño, pero existen otros peligros.

La pared se cerró, atrapando a Rune en el exterior. Por más terrible que fuera su celda, su protección había desaparecido. Ahora estaba expuesto.

Y en cuanto el ejército de Daghath Mal estuviera reconstruido, la vida de Rune alcanzaría un final abrupto. Era imposible calcular cuánto tiempo le quedaba.

Así que tenía que orientarse. Tenía que ponerse en marcha.

Rune oteó el páramo rojizo: el castillo óseo se alzaba sobre un montículo, una profunda depresión terrestre lo rodeaba como si fuera un foso. En lo alto, divisó la inmensa cúpula azul del Malfreno. Y allí, a lo lejos, se encontraban los restos de un sendero.

Bueno, ya tenía una dirección que tomar.

No tenía provisiones. Ni armas. Pero sí poseía información: Daghath Mal no iba a limitarse a esperar a que desapareciera el Malfreno; tenía un plan para suprimirlo.

Tal vez, ahora que estaba más cerca de la libertad, Rune podría hallar un modo de transmitirle ese mensaje a Noctámbula.

Avanzó con un paso tembloroso. Se levantó una nubecilla de tierra alrededor de sus botas, cubriéndolas como si fuera óxido. Después dio otro paso y otro más. Finalmente, se alejó corriendo del castillo lo más rápido posible.

4. HANNE

El mundo se desmoronaba alrededor de Hanne. La montaña rugía. Gritos, alaridos por todas partes. Unas manos se extendieron hacia ella.

—¡Corre! —gritó Nadine.

El suelo del balcón se ladeó bajo sus pies. Siguió a duras penas a Nadine, que la condujo al interior. La persiguieron visiones donde el balcón al completo se desprendía del castillo: pudo imaginarse la piedra estrellándose sobre el patio interior, haciéndose trizas a causa del impacto.

Hanne perdió el equilibrio.

Por acto reflejo, alargó un brazo y se agarró al marco de la puerta. Pero esa superficie también era inestable y la presión repentina sobre su palma herida le provocó una quemazón por todo el cuerpo. Gritó, trastabilló, pero su prima la sostuvo en pie mientras el terremoto estremecía de nuevo el suelo.

Los segundos se alargaron. Hanne tuvo la desagradable sensación de estar moviéndose más despacio que el resto del mundo, de que el tiempo se descompasaba de su cadencia habitual. Y más allá del bramido que copaba sus oídos, pudo oír el chirrido y el traqueteo de la piedra; los gritos de los caberwilianos; las fracturas diminutas en la realidad, pequeños chasquidos y resuellos, acompañados por unas luces que titilaban por el borde de su campo visual.

Hanne cerró los ojos con todas sus fuerzas, pero eso solo sirvió para que otra imagen copara su mente: un rencor enorme, blanco como un hueso, con venas carmesíes que recorrían su

cuerpo y unas grandes alas de murciélago. La bestia la miró. Sonrió. Su boca se replegó más de lo que debería haber sido posible, revelando una hilera tras otra de dientes afilados como cuchillas.

El rey rencor.

Unas garras amarillentas se extendieron hacia ella. Hanne trató de apartarse, pero no pudo moverse, como si se tratara de un sueño. Así que gritó. Pero fue un grito mudo, como si alguien hubiera extirpado el sonido, como si lo hubiera engullido.

Y entonces cesó el temblor. El tiempo recobró la normalidad. Hanne abrió los ojos y comprobó que se había puesto de rodillas.

Nadine estaba agachada frente a ella, sujetándola por los hombros. Cecelia, Maris y Sabine cruzaron corriendo el salón, preguntando si Hanne se encontraba bien; sus voces sonaban huecas y distantes. Un halo de luz centelleante las rodeaba a todas, como si no existieran en ese mundo.

Como si Hanne no existiera.

Tembló mientras sus doncellas la ayudaban a incorporarse. Qué extraño que sus manos no la traspasaran. Qué extraño que Hanne no atravesara el suelo y se precipitara hacia el interior de la montaña.

—¿Majestad? ¿Os encontráis...?

—Dadle un respiro. Ha tenido un ataque de pánico.

—He oído lo que decía la gente en el exterior. ¿Cómo se atreven a...?

—Haré que identifiquen y castiguen a los instigadores.

Hanne parpadeó, obligándose a concentrarse en el rostro preocupado de su prima, en sus ojos verdes y asustados. Como siempre, Nadine era su punto de apoyo.

—Necesito espacio. —Hanne intentó hablar con firmeza, pero no pudo evitar que la voz le temblara un poco—. Y también —alzó sus manos vendadas— algo para el dolor. Me agarré al marco de la puerta sin darme cuenta.

En realidad, el dolor no era tan agudo como cabría esperar. Hanne abatió al rencor apenas unos días antes. Las heridas todavía eran recientes.

Al menos, deberían haberlo sido.

Maris corrió a buscar té y vendajes nuevos, mientras Nadine ayudaba a Hanne a llegar hasta una silla cercana.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó en voz baja.

—Me pondré bien.

—Gracias a Nanror —suspiró su prima.

Hanne no tenía claro que la numen de la misericordia hubiera tenido algo que ver, pero se obligó a sonreír.

—¿La gente me ha visto caer? No pueden considerarme débil. Los caberwilianos detestan la debilidad.

—Creo que nadie lo ha visto —respondió Nadine—. Estaban demasiado ocupados salvando el pellejo. Pero ¿qué ha pasado? Parecía como si... estuvieras en otra parte.

Hanne cerró los ojos.

—La Fracción Oscura está intensificando sus ataques contra mí.

Nadine puso los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir?

—Como bien has dicho, soy la reina del alba. Puede que haya sido así desde el principio... y eso explicaría por qué ese rencor me persiguió hasta ese malsitio. Puede que por eso me coaccionara para ayudar a Ivasland con el dispositivo de malicia, algo que jamás habría hecho sin esa amenaza contra mi propia alma. —Hanne se presionó una mano sobre el corazón—. La Fracción Oscura ansía destruirme.

—Lo sé —dijo Nadine—. Pero no tuviste elección. Hiciste lo necesario para sobrevivir.

—Acabo de ver algo —susurró Hanne—. No era un rencor. Era un rey rencor.

—Un rey. —Nadine se quedó lívida—. Ese rencor al que abatiste, el que mató a la reina Grace..., mencionó a un monarca, ¿verdad?

—Así es. —Hanne tragó saliva para aflojar el nudo producido por el miedo—. Dijo que se llamaba Dagath Mal.

Nadine se cubrió la boca con una mano.

—Creo que no deberíamos pronunciar ese nombre. ¿Y si lo invocas?

«*Estás a salvo conmigo. Eres mi elegida*». Tuluna, como siempre, la reconfortó.

«Confío en ti», pensó Hanne. Pero, aun así, sintió miedo de la Fracción Oscura, de lo que podría hacerle, de lo que provocaría si ella no estaba alerta.

—Hanne. —Nadine bajó todavía más la voz—. ¿Cómo viste eso? ¿Cómo es posible que la Fracción Oscura haya accedido a tu mente para mostrarte esas cosas?

Hanne negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero debido a lo que soy..., Dagath Mal me está observando. Y amenazando. Sabe que aspiro a fortalecer el Malfreno y está decidido a impedirlo.

Nadine frunció el ceño, preocupada.

—Tal vez, si te centrases en el reino, el rey rencor perdería interés. El consejo, el trono, la guerra: esos problemas son más que suficientes para mantener ocupado a cualquier monarca. —Le tocó el brazo—. ¿Por qué tienes que ser tú la que acabe con las incursiones y con la Malicia? Deja que se ocupe otro.

—No puedo —replicó Hanne—. Yo soy la elegida. Tengo que ser yo.

Entonces se acercaron Cecelia y Sabine, y Maris regresó cargada con el té y los vendajes. Mientras le curaban las heridas y le aseguraban que los difamadores responderían ante la justicia, Hanne se esforzó por prestar atención y seguirles la corriente.

Pero no dejó de evocar la visión del rey rencor y la pregunta de Nadine: ¿por qué no podía ocuparse otro?

«*Mantén el rumbo*», susurró Tuluna. «*Yo te voy guiando*».

Hanne lo sabía. Una reina poderosa —una reina conquistadora— no dejaba a medias una labor como aquella. Le había

prometido paz al mundo. ¿Cómo podría hacerlo si no traía paz desde la Fracción Oscura, así como entre los reinos?

«El terremoto fue una advertencia. El rey del inframundo conoce tus ambiciones. Tus enemigos harán cualquier cosa con tal de detenerte».

Sí. Eso era.

Mientras sus doncellas trajinaban por la estancia y sus guardias acudían a ver cómo se encontraba, Hanne dirigió su mirada hacia la chimenea, donde las llamas consumían los últimos fragmentos de la nota de la reina Kat.

—Escríbele una respuesta a mi madre —dijo de repente—. Averigua las cifras que comentamos. Exige una respuesta rápida y concisa que solo requiera unas pocas aves. No necesitamos leer otra de sus novelas.

—Sí, majestad. —Su prima inclinó la cabeza, satisfecha de que la conversación hubiera regresado al terreno de la política.


Nadine intentaba entenderlo. De veras. Pero no había estado en el malsitio con Hanne. No había visto cómo el rencor asesinaba a la reina Grace en la terraza acristalada. Y no contaba con Tuluna para que la guiara.

La guerra contra Ivasland era clave para la supervivencia de Embria y Caberwill. Eso era cierto. Pero lo que de verdad importaba era la guerra contra la Fracción Oscura. Hanne había llegado a esa conclusión.

Y cuando el Malfreno cayera y los monstruos salieran en tromba, el mundo entero —incluida Nadine— también lo entendería.

Verían el alcance de su aprieto. Se darían cuenta de que solo había una manera de alcanzar la paz.

La solución de Hanne.



EL CICLO SE CIERRA, Y EL MUNDO SERÁ SALVADO... O ARDERÁ HASTA LOS CIMIENTOS.

La fina membrana mágica que separaba el plano humano del demoníaco ha sido destruída. Noctámbula, la guerrera inmortal de los dioses, debe encontrar la manera de reconstruirla, pero Hanne (ambiciosa y traicionera, demasiado astuta como para confiar en ella) se ha convertido en la gran reina, y no ve más allá de sus propias ansias de poder. Mientras, Rune (casado con Hanne, pero enamorado de Noctámbula) está perdido en el plano demoníaco tras una desastrosa batalla. Solo, deambula por ese paraje de mares de mercurio y torreones de cristal negro donde el viento no arrastra más que ceniza.

5500073

ISBN 978-84-18027-73-4



9 788418 027734

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

